



¿Por qué debe la existencia tener un sentido?

Reflexiones humanistas desde Gabriel Marcel

César Augusto Ramírez Giraldo*
Jacinto Arturo Ceballos Marín**

Para citar este artículo: César Augusto Ramírez Giraldo & Jacinto Arturo Ceballos Marín. «¿Por qué debe la existencia tener un sentido? Reflexiones humanistas desde Gabriel Marcel». *Franciscanum* 182, Vol. 66 (2024): 1-24.

Resumen

Esta propuesta de reflexiones humanistas en torno a la filosofía de Gabriel Marcel nos confronta con la pregunta de por qué la existencia debe tener un sentido, donde la esperanza va más allá de una visión futurista para convertirse en una oportunidad maravillosa de desandar los caminos recorridos y apostar por el sentido, por encima de las inquietudes y frustraciones humanas. Así, la búsqueda de sentido aparece como una prioridad o, quizás, como una imposibilidad, y la relación con el otro será fundamental para hallar esta respuesta. Es una constante existencial: un interrogante sobre la vida, que sufre y sale del sufrimiento, una vida que vive y cuyo vivir permite

* Doctor en Filosofía y Doctor en Teología. Docente titular Universidad Pontificia Bolivariana. Correo electrónico: cesar.ramirez@upb.edu.co. ORCID <https://orcid.org/0000-0001-8093-1080>

** Doctor en Filosofía. Docente titular Universidad Pontificia Bolivariana. Correo electrónico: jacinto.cebvallos@upb.edu.co. ORCID <https://orcid.org/0000-0002-1611-5051>

el cambio y la transformación, donde la vida, en medio de la desesperación, se recubre con un manto de sentido para la existencia. Con Marcel, entendemos que la cuestión no es simplemente pasar por el mundo sufriendo las cosas como meras consecuencias de nuestra existencia, sino reconocer que todo lo que nos sucede nos invita a develar, cada día, un misterio: el misterio del ser, sin recurrir continuamente a la desesperación cuando no encontramos acomodo en la existencia.

Palabras Clave

Gabriel Marcel, misterio del ser, reflexiones humanistas, sentido humano, esencia, existencia humana, esperanza.

Why should existence have meaning? Humanist reflections from Gabriel Marcel

Abstrac

This proposal of humanistic reflections on Gabriel Marcel's philosophy confronts us with the question of why existence must have meaning. Here, hope goes beyond a futuristic vision to become a wonderful opportunity to retrace past paths and embrace meaning despite human anxieties and frustrations. Thus, the search for meaning emerges as a priority –or perhaps an impossibility– where the relationship with others becomes fundamental in finding an answer. It is an existential constant: a question about life, which suffers and overcomes suffering, a life that lives and, through living, enables change and transformation. In the midst of despair, life is covered with a mantle of meaning for existence.

With Marcel, we understand that the question is not merely about passing through the world, enduring things as mere consequences of our existence, but recognizing that everything that happens to

us invites us to unveil, each day, a mystery –the mystery of being– without constantly resorting to despair when we struggle to find our place in existence.

Keywords

Gabriel Marcel, mystery of being, humanistic reflections, human meaning, essence, human existence, hope.

Introducción

«Tú no tienes, algunas veces, la impresión de que vivimos... si a esto se le puede llamar vivir... en un mundo destrozado. Sí, destrozado, como un reloj roto. El resorte no funciona. Aparentemente, nada ha cambiado. Todo está en su lugar. Pero si acercas el reloj al oído, no se oye nada. ¿Comprendes? El mundo, eso que llamamos mundo, el mundo de los hombres... debió de tener antes un corazón, pero parece que ese corazón ha dejado de latir».

Gabriel Marcel

La pregunta por el ser es, para Marcel, el eje central de su reflexión filosófica, dado que considera imperativa la necesidad de devolverle su esencia en un contexto marcado por la técnica y los postulados abstractos de la razón.

Es fundamental partir del contexto social en el que se desenvuelve el autor para desentrañar su pensamiento. Marcel presencia el desastre y la degradación de la sociedad técnica, representados en los crudos hechos de las dos guerras mundiales.

Después de esta experiencia tan dolorosa para la historia contemporánea, queda un gran vacío, y la pregunta por el ser y su sentido se convierte en una prioridad, un aspecto que toda la corriente existencialista del siglo xx aborda, y en la que Marcel está inmerso.

Europa se encontraba desgarrada por luchas de intereses egoístas, lo que convertía al hombre en un ser amenazado por su propia individualidad. Este contexto dio paso a corrientes filosóficas, donde la existencia del ser humano y el interés por su sentido cobraron relevancia. El individuo, con su soledad, ante la imposibilidad de encontrar la verdad solo a través de la razón, activa un carácter personal y subjetivo propio de su condición humana. Este enfoque existencialista se rastrea a lo largo de la historia. El imperativo categórico «conócete a ti mismo», la angustia de Pascal, la existencia del hombre entre el ser y la nada y la irreductibilidad de la razón en Schelling son ejemplos de los cuestionamientos interminables de pensadores que adoptaron una sensibilidad existencialista:

Muchos se sorprenderán de que hablemos aquí de humanismo. Trataremos de entender en qué sentido lo hacemos. En cualquier caso, desde el principio podemos afirmar que entendemos por existencialismo una doctrina que hace posible la vida humana y que, por otra parte, sostiene que toda verdad y toda acción implican un contexto y una subjetividad humana.¹

La caída del idealismo alemán con la muerte de Hegel generó grandes dudas acerca de los conceptos universales y abstractos, así como continuas preguntas sobre los caminos racionalistas que priorizaban las ideas sobre la realidad. De ahí surge la caracterización de Sartre, quien afirma que «la existencia precede a la esencia».

Marcel sitúa la esperanza en el centro de su pensamiento filosófico como una forma de reivindicar el espacio del misterio, que se encuentra más allá de las dificultades del hombre. Con ello, elabora una crítica a la civilización de su tiempo, buscando defender el es-

1 Jean Paul Sartre, *El existencialismo es un humanismo*. Trad. de Victoria Praci de Fernández (Barcelona: Gallimard, 2004), 23.

pacio del «Ser», que debe estar por encima del «Tener», tal como lo concibe Sartre:

El hombre es el único que no solo es como se concibe a sí mismo, sino también como se quiere a sí mismo, y como se proyecta después de la existencia. El hombre no es otra cosa que lo que él se hace. Este es el primer principio del existencialismo. También lo que se llama subjetividad, que a menudo se critica bajo ese nombre. Pero, ¿qué queremos decir con esto, sino que el hombre tiene una dignidad mayor que una piedra o una mesa? Queremos decir que el hombre empieza por existir, es decir, que comienza por lanzarse hacia el futuro, y que es consciente de proyectarse hacia él.²

Marcel leía la realidad como una ruptura del mundo, una crisis que separaba al hombre moderno del mundo moderno, y que solo podía afrontarse si se miraba al mundo como un misterio, no como un problema. Los problemas se resuelven con la razón, pero la existencia del hombre en el mundo es un misterio que debe dejarse ser. Marcel argumenta que, si se observa al cuerpo humano como un objeto, se le despoja de su realidad íntima, y lo mismo ocurre con el alma. Para él, la relación entre el cuerpo y el alma es más que una simple cuestión objetivable; es, de hecho, un misterio. Esta relación es el misterio mismo de la encarnación, donde la esencia solo puede conocerse a través de un acto de fe.

Para Marcel, la existencia precede a la esencia, una postura que entra en contradicción con la visión cristiana, salvo en el caso de Sartre, quien sostiene que, si no existe un Dios, el hombre existe primero y después se define. Si se creyera en Dios, Él crearía la existencia del hombre, y, entonces, la esencia sería primero:

2 Sartre, *El existencialismo*, 32.

La filosofía de Marcel es, ante todo, una filosofía de la vida práctica, una reflexión socrática sobre los problemas humanos universales encarnada en la vida de las personas concretas. Como diría Denis Huisman, los marcelianos convencidos tienen claro que las claves de su pensamiento iluminan nuestro modo de ser en el mundo y nos proporcionan una capacidad crítica que nos ayuda a ganar la debida "distancia de perspectiva" ante los problemas de la vida cotidiana.³

Según Marcel, el objeto de la investigación filosófica es siempre y únicamente el ser. La «exigencia ontológica», que debe caracterizar toda reflexión filosófica, proviene de un nivel de conocimiento al que se puede acceder mediante el pensamiento interrogativo, un tipo de pensamiento que no todos los seres humanos llegan a adquirir.

La «exigencia ontológica» no es un deseo efímero, ni una afirmación voluntarista que otorga realidad a las cosas. Es más bien un «empuje interior, profundamente radicado en el hombre, o bien una especie de apelación». En otras palabras, el hombre experimenta la exigencia ontológica; no la produce. Marcel sostiene que las formas de pensar predominantes en la sociedad actual han impuesto un freno decisivo a este tipo de exigencia, cuando la vida se reduce al «tener» en lugar del «ser». Aun así, la «exigencia ontológica» no desaparece del todo, sino que se manifiesta como inquietud, insatisfacción, algo que caracterizó toda la vida de Marcel. Según él, el hombre experimenta el hambre de ser en lo profundo de su alma.

Al mismo tiempo, Marcel es consciente de que la mera experiencia de inquietud o insatisfacción podría llevar a la negación del ser, como ocurre en el pensamiento de J. P. Sartre. Por el contrario, la experiencia de la esperanza y del amor sigue una dirección opuesta.

3 José Luis Cañas, *Gabriel Marcel y el hombre contemporáneo* (Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2001), 260.

Marcel afirma que el punto de partida de la ontología es doble: una cierta plenitud de vida y la convicción de que esa plenitud no puede ser solo individual, sino que debe ser compartida por el conjunto.

La esperanza. Mas allá de una mirada futurista

Otro camino concreto hacia el ser es la esperanza. Es por medio de la esperanza que el hombre puede abrirse a una realidad que aún no posee, una realidad que solo se puede recibir como gracia, como donación. El autor habla, nada menos, de una metafísica de la esperanza, porque esta se hace posible no en función de los recursos disponibles para el hombre, sino en referencia a lo que es real, siempre externo a él y nunca bajo su disposición arbitraria. En pocas palabras, afirma: «la esperanza es quizás el tejido del que está hecha el alma»⁴.

Se accede al ser por medio de una categoría que Marcel denomina disponibilidad. Mientras el idealista se enfrenta a la realidad con prejuicios a priori, el realista está abierto, o disponible, a lo que la realidad le ofrece. Al hablar de esta disponibilidad y de los dos tipos de personas, los idealistas y los realistas, es importante tener claro el concepto de esperanza en cada uno de ellos, ya que para Marcel es fundamental en su planteamiento filosófico.

Para los realistas, esta esperanza es posible y enfrentan la vida buscando ese ideal, ese sueño, sin importar si lo que desean está disponible, pues la esperanza es un principio interior que impulsa al hombre a ir más allá:

La esperanza consiste en afirmar que hay en el ser, más allá de todo lo que es dado, de todo lo que puede proporcionar la materia de un inventario o servir de base de cómputo cualquiera, un principio

4 Gabriel Marcel, *Ser y tener* (París: Aubier, 1935), 61.

misterioso que está en convivencia conmigo, que no puede no querer también lo que yo quiero, al menos si lo que yo quiero merece efectivamente ser querido, y lo quiero realmente con todo mi ser.⁵

Pero para los idealistas no es tan fácil aceptar esa esperanza interior que mueve al hombre a una búsqueda de su propio ser, a buscar el sentido de la existencia, para ellos es más factible que se dé una desesperanza que la esperanza misma, desesperanza que podría ser el no-sentido de la existencia, el no esperar lo que vendrá, porque no hay qué esperar, desesperanza que le provoca al ser humano la desidia, pero no la imposibilidad de existir:

Esas experiencias nos dejan un gusto amargo, una impresión de tristeza y casi de angustia: con todo, me parecen benéficas, pues nos muestran, como en un relámpago, lo que hay de contingente, sí, de accidental en las cristalizaciones mentales que fundan nuestro sistema personal.⁶

Frente a la postura de que la última esperanza consiste en no tener nada que esperar, surge la pregunta: ¿para qué vivir si ya no hay nada que esperar? ¿Será esta la resignación total? Para alcanzar tal estado, es necesario empezar por la soledad y, por ende, el silencio. Se debe enfrentar el vacío de uno mismo, la angustia de no saber quién se es, de no saber qué esperar o, peor aún, qué se desea. El alma es un laberinto donde anidan todos nuestros deseos, como lo señala Marcel:

La vida en un mundo centrado en la idea de función está expuesta a la desesperación, desemboca en la desesperación, porque en realidad este mundo está vacío, porque suena a hueco, si la vida resiste

5 Gabriel Marcel, *El misterio ontológico. Posición y aproximaciones concretas*. Prologo y Trad. de Luis Villoro. (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1955), 48.

6 Marcel, *El misterio ontológico*, 76.

a la desesperación es únicamente en la medida en que actúan, en el seno de la existencia y en su favor, ciertos poderes secretos que la vida no está en estado de pensar o reconocer.⁷

Cuando se llega a la desesperación, ya no hay nada que esperar; es el resultado de un interior sin sueños ni esperanzas, sin nada que impulse a ese ser a existir. Porque ¿de qué vale existir sin ser? La existencia está, pero no se es. La existencia es innata en el ser desde que se nombra, se existe. Algo existe cuando lo nombro o cuando la idea surge en la mente de un creador, pero solo eso, existe. Si no tiene un sentido o una función para ese existir, será simplemente un verbo sin el verdadero accionar que lo caracterice.

Lo mismo ocurre con el ser humano: si no le da un sentido a su existir, de nada valdrá esa existencia. La visión filosófica de Marcel plantea al ser como existencia, y nuestra manera específica de existir es ser en el mundo. Por tal motivo, confiere un valor especial a la experiencia como el medio por el cual el ser se revela, se hace presente. Esto forma parte de la exigencia de trascendencia en la medida en que se articula a un modo de experiencia cada vez más puro.

La exigencia de trascendencia se experimenta primordialmente como insatisfacción, aclarando que no toda insatisfacción está relacionada con el deseo de trascendencia, pues, la trascendencia referenciada, es decir, «la referencia al hombre es, por el contrario, fundamental; y hay que agregar que es una referencia no abstractamente pensada, sino íntimamente vivida». Por tanto, le da suma relevancia a la experiencia, la cual no es un objeto que se presenta ante nosotros, va más allá de nuestros sentidos, razón por la cual se hace necesario que la reflexión filosófica no pase por alto este tema, el cual Marcel considera vital para el desarrollo de sus planteamientos filosóficos.

7 Marcel, *El misterio ontológico*, 16.

Para Marcel no es posible encontrar respuesta a la pregunta por el ser, "¿yo, que interrogo por el ser, puedo estar seguro de que soy?"⁸, o, en otros términos, ¿qué es lo que valgo?, encierra una contradicción. No obstante, sí es posible llegar a sus aproximaciones, pero no a través de los métodos lógicos y racionalistas que objetivan al ser y buscan extraer verdades para definir el ser desde el pensar.

El camino elegido por Marcel es ir a la reflexión que está siempre unida a la vida, pues, "Vemos inmediatamente que no es posible trazar una línea limítrofe entre el problema y el misterio. Pues un misterio puesto ante la reflexión tiende inevitablemente a degradarse en problema"⁹ Aborda, por tanto, el tema de la reflexión primaria y la reflexión secundaria, donde en la primera nos enfrentamos a nuestros actos consientes de la inteligencia y la voluntad, la cual es una actividad que nos coloca frente a un objeto. Pero dado que por la vía de la objetivación nos iríamos en una cadena infinita al cuestionar el yo que piensa objetivando al sujeto, expone en la reflexión secundaria ya no el pensamiento pensado, sino al pensamiento pensante, fuente donde emana todo pensamiento. Y es que "Un filósofo que se niegue a tomar en cuenta la exigencia ontológica es, con todo, posible: hacia esa abstención ha tendido incluso el pensamiento moderno en su conjunto"¹⁰.

Lo que equivale a decir, también, que es preciso una pregunta por el cuerpo mismo:

Es evidente que hay un misterio de la unión del alma y del cuerpo; la unidad indivisible que siempre se expresa inadecuadamente en formulas tales como: tengo un cuerpo, hago uso de mi cuerpo, etc,

8 Marcel, *El misterio ontológico*, 24.

9 Marcel, *El misterio ontológico*, 31.

10 Marcel, *El misterio ontológico*, 21.

es exterior a cualquier análisis y en modo alguno podría reconstituirse por vía sintética a partir de elementos que serían lógicamente anteriores a ella¹¹.

Vuelve Marcel a hacer hincapié en la importancia de no reducir el ser, en la medida en que erróneamente se asuma el cuerpo como materia separada del alma.

También, el sentir es uno de los elementos que nos puede clarificar que es imposible insistir sobre lo que hay de específico en mi cuerpo en cuanto mío sin poner el acento en el sentir como tal. Es decir, el sentir está ligado indisolublemente al hecho de que ese cuerpo sea mi cuerpo y no un cuerpo entre otros.

En Marcel, el sentir está asociado a la participación, categoría esencial dentro de la propuesta de este filósofo en la medida que es el involucrar y comprometer el ser a una causa. Aquí empieza a vislumbrarse el carácter comunitario que Marcel propone frente al mundo de la técnica y el individualismo:

“Esto me duele por otra parte; la contradicción entre lo que siento de hecho –es decir, mi indiferencia–, y lo que reconozco que debería sentir, me resulta penosa y me irrita, incluso me rebaja ante mis propios ojos, pero es en vano”¹².

Participar en Marcel no supone de manera exclusiva una representación física, al respecto comenta: “en ese ser, en esa realidad aspiro ávida mente a participar de alguna manera - y tal vez esta exigencia misma es ya en cierto grado una participación, por rudimentaria que sea”¹³.

11 Marcel, *El misterio ontológico*, 30.

12 Marcel, *El misterio ontológico*, 74.

13 Marcel, *El misterio ontológico*, 20.

La participación implica pasar de ser un simple espectador curioso, para lo cual presenta la contemplación y el recogimiento como elementos que le permiten reconocer la realidad y dirigirse «hacia» sí mismos:

En el seno del recogimiento tomo posición –o, más bien, me pongo en estado de tomar posición– ante mi vida. Me retiro, pero no como sujeto puro de conocimiento, pues en este retiro llevo conmigo lo que soy y lo que quizá mi vida no es. Aparece el intervalo entre yo y mi vida. (...) Habría que decir al mismo tiempo que yo soy mi vida y que no soy mi vida. Esta contradicción desaparece cuando comprendemos que podemos referirnos a la vida tal cual es y a la vida que llevo dentro de mí, la vida que aspiro vivir, la que debería vivir para ser más plenamente yo mismo; y en ella me hundo cuando penetro en mí mismo¹⁴.

En este aspecto, el recogimiento nos lleva a retomar las aspiraciones que tenemos en nuestra vida y la importancia de asumirla como «esencialmente creadora», con lo cual se derriban las murallas creadas por el individualismo, pues, "donde hay creación, no hay ni puede haber degradación; y en la medida en que la técnica es o implica creación, no es en modo alguno degradación"¹⁵.

Frente a una sociedad en crisis, el acto de reconocerse juega un papel fundamental, donde el hombre es tratado como una cifra más, y desde el momento en el que él mismo cree esto, pierde el deseo de reflexionar por miedo, por apatía e indiferencia ante las situaciones del entorno, por el hecho de acostumbrarse a ser esclavo (asunto en el que el Estado tiene un papel determinante ya que ejerce su tiranía y su poder sobre las multitudes) o porque la técnica lo está mecanizando, impidiéndole la adquisición del conocimiento de sí

14 Marcel, *El misterio ontológico*, 40.

15 Marcel, *El misterio ontológico*, 60.

mismo y la reflexión profunda de lo que pasa alrededor, situaciones que lo envuelven en un cerco de soledad y aislamiento.

Este individualismo debe superarse si se pretende reparar el mundo destrozado en el que vivimos. Por tanto, Marcel plantea la fraternidad y la intersubjetividad como los caminos para lograrlo. Solo en la medida en que reconozcamos con humildad el estrecho lazo que nos une a los otros, seremos capaces de hacer frente a los desafíos de este mundo en crisis, un mundo desesperanzado debido a que en nuestra sociedad estamos llenos de ideales manoseados y tergiversados.

Es aquí donde nos encontramos ante un problema ontológico, y "el problema ontológico no se plantea sino allende esas distinciones y para ese ser tornado en su más comprehensiva unidad".¹⁶

A este mundo le hacen falta seres libres, desde una libertad que rompa el aislamiento y posibilite la intersubjetividad, tocando en última instancia la profundidad del ser.

La pregunta por la existencia es una de las más profundas, si no, la más profunda de todas, la más determinante, la cual el hombre, en algún momento de su vida, no puede evadir:

"Lo meta-problemático, se dirá, es de cualquier modo un contenido de pensamiento; ¿cómo no interrogar entonces por el modo de existencia que le conviene? ¿Qué nos asegura de esa existencia? ¿No es ella misma altamente problemática?¹⁷.

Se podría pensar que lo que hace al ser humano está dentro de cada uno y es como una fuente de la que emana el ser y el sentido

16 Marcel, *El misterio ontológico*, 26-27.

17 Marcel, *El misterio ontológico*, 37.

de la existencia. A la vez, también, se podría pensar que la existencia está totalmente realizada o, tal vez, que se va modelando con el tiempo y con cada una de las decisiones tomadas.

En búsqueda del sentido. ¿Prioridad o imposibilidad?

Si la existencia tiene un sentido, habría que comenzar a buscarlo en alguna dirección. Podrían ser dos direcciones posibles. La primera es poner el sentido de la existencia en el interior del ser humano. No se trata de un ser limitado, sino abierto: puede conocer, amar, soñar, temer, odiar, esperar o desesperar y, lo más fundamental, reflexionar. Desde esta perspectiva, buscando el sentido de la existencia en el interior del hombre, se puede decir que su razón de ser y su fin es el autoconocimiento.

El sentido de la existencia sería el reconocerse como distinto y autónomo. Lo que diferencia al ser humano del resto de las especies es la capacidad de elegir y la conciencia de sí mismo. Siempre está sujeto a decidir entre una u otra cosa. Esa es su libertad. Como ente individual inserto en una sociedad, debe asumir la responsabilidad de sus actos.

También, es autónomo porque puede saber que se desarrolla, puede optar por reproducirse o no, y puede pensar, reflexionar, temer, esperar o incluso buscar la muerte. Además, es autónomo porque crea sus propias normas como una forma de preservar la libertad. Puede optar por hacer el bien o el mal, según lo que considere bueno o malo. Actúa sin determinación, sin que sus elecciones estén forzadas por factores externos a su propia voluntad.

La segunda dirección es plantear el sentido de la existencia desde una esfera exterior al ser humano. El hombre aislado del hombre se deshumaniza. Fuera de todo contacto con «lo humano» pierde lo que lo distingue del resto de los animales. El ser humano necesita al

otro, desde el nacimiento, cuando la madre lo alimenta y la familia lo introduce a la sociedad. El hombre se encuentra determinado en un sentido positivo: constituido y conformado por el otro. Aquí se vuelve evidente la importancia de las relaciones interpersonales. Sin relación no hay existencia posible. Se podría establecer, entonces, que el primer sentido de la existencia es la relación. Provenimos de ella, nos formamos en ella y vivimos en ella.

Las relaciones no excluyen las dificultades, incluso en compañía de otros:

El ser que amo está expuesto a todas las vicisitudes a las que están sometidas las cosas, y, sin duda, en la medida en que participa de la naturaleza de las cosas, está sujeto a la destrucción. Sin embargo, tengamos cuidado: toda la cuestión –oscura, es cierto– consiste en saber si esta destrucción puede alcanzar aquello por lo cual este ser es verdaderamente un ser.¹⁸

Pero ¿es esa relación con el otro lo que da sentido a la existencia? Para que haya relación es indispensable que existan al menos dos seres, un yo y un otro, donde el otro marca límites, y el yo también los establece. Esta limitación no es negativa. Pretender una libertad absoluta es una «ilusión existencial» porque estamos insertos en el mundo del otro, lo que permite que la relación se dé y, así, el hombre pueda constituir su existencia. Todo movimiento de la existencia debe tener en cuenta al otro, ya que este muestra los límites, y el límite de la existencia termina siendo la existencia misma.

En Gabriel Marcel se descubre esta doble situación, que puede entrar en conflicto, ya que un mismo ser puede experimentar, casi de forma simultánea o espaciada, diferentes estados, como la esperanza y el deseo:

18 Marcel, *El misterio del ser*, 329.

En realidad, el deseo y la esperanza se sitúan en regiones muy distintas de la vida espiritual. Lo contrario de la esperanza no es el temor, sino un estado de abatimiento que puede presentarse bajo especies psicológicas muy variadas. Puede decirse, en general, que es el estado de un ser que no espera nada de sí mismo, ni de los otros, ni de la vida.¹⁹

Estas características del ser humano apuntan a nuestra capacidad de conocer y sentir, y no solo de sentir, sino de saber qué sentimos y cuándo. Sentimientos como el amor, la alegría, la tristeza, la angustia, la paz, la inquietud, la esperanza nos remiten a esa doble visión sobre la vida. Ahora bien, estas características del ser humano no las descubrimos porque sí, sino porque estamos envueltos en el misterio de la existencia. Este misterio preocupaba constantemente a Marcel, especialmente dos aspectos: el espacio y el tiempo. Nuestra vida ocurre en ellos; en ellos sufrimos, sentimos y vivimos.

Cualquier ser humano recurre a múltiples formas para expresar lo que siente y cómo lo siente, y Marcel no fue ajeno a ello. Marcel recurrirá, entre otras cosas, a un diario, lo cual concuerda con su concepción de la filosofía como algo no sistemático. Es su respuesta a los grandes sistemas filosóficos que conceptualizan todas las cosas, haciéndolas simples objetos abstractos.

El Diario Metafísico surge, entonces, como una necesidad de ser consciente de esa existencia que le acontece, de padecer los acontecimientos espacio-temporales a los que el mundo está expuesto, y como una necesidad de plantear el interrogante constante sobre el sentido de la vida. En especial, surge como la necesidad de expresar lo que está sucediendo en su vida, manteniendo la pregunta permanente: ¿cómo acontece mi existencia?

.....
19 Marcel, *El misterio del ser*, 333.

En su *Diario Metafísico*, Marcel nunca responderá directamente a esta pregunta. El interrogante permanecerá constante: «Mi vida y yo. ¿Puedo pensar mi vida? Cuando trato de desentrañar el sentido de estas dos palabras, mi vida, parece que todo significado huye de ellas. Por un lado, está mi pasado, y por otro, cierto sentido de actualidad palpitante»²⁰.

Es la constante existencial: un interrogar sobre la vida, que sufre y que sale del sufrimiento, una vida que vive, y ese vivir le permite cambiar. Marcel dirá al respecto:

Se acabaron las dudas... Dichosa prodigiosa, esta mañana. Por primera vez he experimentado lo que es la gracia. Palabras aterradoras estas, pero así es. Finalmente he sido acorralado por el cristianismo y me hallo sumergido. ¡Bienaventurada sumersión! Pero no quiero escribir más. Y, sin embargo, siento una necesidad de escribir. Impresión de balbuceo... es exactamente un nacimiento. Todo es de otro modo. Veo también claramente ahora, en mis improvisaciones. Una metáfora inversa de aquella otra, la de un mundo que estaba enteramente presente y que finalmente aflora.²¹

La dimensión religiosa llega como solución a la vida para salvar lo condenado, rescatar lo perdido y ofrecer fresca donde la sequedad había consumido todo. Sin embargo, no es simplemente una adhesión a un credo determinado, sino más bien la dirección existencial hacia otro tipo de ser que trasciende el nuestro y que da un sentido distinto a la vida, sin olvidar la mediación de la institución religiosa.

Marcel enfatiza:

20 Gabriel Marcel, *Diario Metafísico* (Madrid: Guadarrama, 1969), 51.

21 Marcel. *Diario*, 20.

Me he encontrado bastante mal esta mañana y he leído con dificultad las páginas del catecismo del concilio de Trento sobre el bautismo. Me resulta muy difícil aceptar todo eso, y al mismo tiempo tengo la extraña impresión de que un trabajo se lleva a cabo en mí, como de neutralización de resistencias interiores. ¿Será una ilusión? He visto todo eso desde fuera durante mucho tiempo. Tengo que aclimatarme ahora a una visión completamente diferente. Es muy difícil. Impresión de cauterización interior continua.²²

Llama la atención que, lo mismo que le da frescura, ahora le causa sed y sofoco, la falta de comprensión que se tiene de las cosas nos crea disonancia con la vida. Pero hay que distinguir que lo que incomoda a Marcel son las instituciones humanas, las interpretaciones que se dan de ese Ser que le da frescura, interpretaciones que se vuelven en ocasiones incomprensibles. Es bastante disiente una expresión como un trabajo se lleva a cabo en mí, como de neutralización, de resistencias interiores; es la cruel aceptación de lo inaceptable, pero, al fin y al cabo, es la aceptación de lo que he querido aceptar. Aunque es claro que quererlo no quiere decir que sea algo fácil, y a esto nos remite el uso que Marcel hace de la expresión cauterización interior, asociada al dolor, al sufrimiento, a la negación de sí para aceptar lo que te remueve tus bases, tu firmeza. Ya no eres simplemente tú, hay algo más, la cauterización, o bien puede ser la remoción de algo por otro algo con la influencia del dolor o puede ser simplemente la marca que te llega de fuera. En cualquier caso, la referencia principal es el dolor.

Y después del dolor y la incertidumbre, ¿qué?:

Vuelvo al problema de la esperanza. Me parece que las condiciones de posibilidad de la esperanza coinciden rigurosamente

22 Marcel, *Diario*, 29-30.

con las de la desesperación. La muerte como trampolín de una esperanza absoluta. Un mundo en el que viniese a faltar la muerte sería un mundo en el que la esperanza sólo existiría en sentido latente.²³

Marcel reconoce los puntos extremos en los cuales vive el hombre, contradictorios y convergentes. Es el resultado de su propia vida lo que le evidencia la presencia de tales circunstancias existenciales: el sin sentido, la confusión, las ganas de hacer o el haber hecho sin ganas, el reconocimiento de errores o, por lo menos, el sufrimiento ajeno; revisar la actualidad desalentadora en la cual se encuentra inmerso. Ahora bien, al mismo tiempo se descubre que la vida brinda otras posibilidades, como la primera de llegar a la paz, llegar a la tranquilidad, espacio que podemos llamar esperanza, aquella llegada donde la vida se recubre, en medio de la desesperación, con un manto de sentido para la existencia.

¿Y qué me cabe esperar?:

Paso del problema del ser al ¿qué soy? ¿Qué soy yo qué me pregunto acerca del ser? ¿Qué títulos ostento yo para proceder a tal interrogación?

Paso del problema al misterio. Hay aquí una degradación: un problema encierra un misterio en la medida en que sea susceptible de repercusión ontológica (problema del más allá).

El problema de las relaciones del alma y del cuerpo es más que un problema; tal es la condición implícita de Existence et objectivité. Un irrepresentable concreto, un irrepresentable que es más que una idea, que sobre pasa toda idea posible, que es una presencia. El objeto como tal no está presente.²⁴

23 Marcel, *Diario*, 115.

24 Marcel. *Diario*, 137.

Conclusiones

Queda claro con Gabriel Marcel que no se trata solo de atravesar el mundo sufriendo las cosas como simples consecuencias de nuestra existencia, sino de saber que todo nuestro acontecer nos invita a desvelar un misterio cada día: el misterio del ser. No es necesario recurrir continuamente al camino de la desesperación cuando no encontramos acomodo en la existencia, aunque los días nos envuelvan en una especie de encerrona, como lo presenta Marcel:

Podría mostrarse que ese tiempo cerrado no es necesariamente el de la desesperación, que no ve nada ante sí y que no espera nada de nadie, sino también el del hombre encerrado en el círculo de sus tareas diarias, de lo que podría llamarse una rutina cegadora. Quizá esté desesperado, pero no lo sabe; sólo se dará cuenta de su desesperación cuando se aparte de esa noria lo suficiente para tener conciencia de ella.²⁵

Sartre tenía razón al afirmar:

El hombre es el único que no solo es tal como él se concibe, sino tal como él se quiere, y como se concibe después de la existencia, como se quiere después de este impulso hacia la existencia; el hombre no es otra cosa que lo que él se hace. Este es el primer principio del existencialismo.²⁶

Al hablar de la existencia humana no se hace referencia únicamente a su raíz biológica. La existencia humana encierra algo más, algo que no se puede ver ni tocar. Se trata de aquellas cosas que realmente trascienden, que cruzan fronteras y perduran en el tiempo.

25 Marcel, *Diario*, 336.

26 Sartre, *El Existencialismo*, 31.

De este modo, «la filosofía se convierte en el médico de la vida humana. ¿Qué hemos de decir de sus logros? Una valoración filosófica completa exigiría nada menos que responder a las cuestiones fundamentales de la vida humana. [...] ¿Qué formas de apego a las cosas externas contingentes ha de tener una vida humana para ser completa y si puede uno tenerlas sin vivir en una incertidumbre paralizante?»²⁷.

Para Sartre, «la existencia precede a la esencia», contrario a la afirmación aristotélica del ens como principio fundante. Al respecto, Sartre ofrece el siguiente ejemplo:

Si un artesano quiere realizar una obra, primero la piensa, la construye en su cabeza: esa prefiguración será la esencia de lo que se construirá, que luego tendrá existencia. Pero nosotros, los seres humanos, no fuimos diseñados por alguien, y no tenemos dentro de nosotros algo que nos haga «malos por naturaleza», o «tendientes al bien» –como diversas corrientes filosóficas y políticas han creído, y siguen sosteniendo–. Nuestra esencia, aquello que nos definirá, es lo que construiremos nosotros mismos mediante nuestros actos, que son ineludibles: no actuar es un acto en sí mismo, puesto que nuestra libertad no es algo que pueda ser dejado de lado: ser es ser libres en situación, ser es ser-para, ser como proyecto.²⁸

Es innegable que la vida del hombre, como ser racional, plantea una reflexión sobre el sentido de la existencia al tener que enfrentar el hecho indudable del misterio del nacimiento y de la muerte como individuo.

Los primeros planteamientos de esta dimensión de la existencia humana encuentran respuesta en la dimensión mágico-religiosa de

27 Martha C. Nussbaum. *La terapia del deseo* (Barcelona: Paidós, 2009), 591.

28 Jean Paul Sartre, *El ser y la nada* (Barcelona: Altaya, 1993), 67.

cada cultura. La reflexión filosófica, ligada desde el principio a la condición racional del hombre como parte de la cultura, ha respondido con diferentes enfoques al tema de la existencia humana, junto con la idea de trascendencia vinculada a lo religioso.

La existencia humana no fue siempre objeto de especial consideración respecto a la existencia de los demás objetos del mundo, y el sentido de la vida se enfocaba bien desde una perspectiva de elevación de lo «humano» por encima de los demás seres de la naturaleza, considerando lo trascendente después de la muerte como salvación, o bien como una trascendencia moral, manifestada en los valores morales.

Siendo un hecho universalmente aceptado que la filosofía no debe entrar en lo que corresponde a la esfera de lo religioso, sí debe estar abierta permanentemente a la búsqueda del sentido de la existencia humana.

Todo en el mundo es y existe. La concepción actual del hombre y de la existencia humana es el resultado de cómo ha evolucionado este pensamiento a lo largo del tiempo. La historia surge de la necesidad de conocer las experiencias que han llevado al ser humano a lo que es hoy.

Tal vez deberíamos decir, junto a Viktor Frankl, que:

Lo que de verdad necesitamos es un cambio radical en nuestra actitud hacia la vida. Tenemos que aprender por nosotros mismos y después enseñar a los desesperados que en realidad no importa que no esperemos nada de la vida, sino que la vida espera algo de nosotros. Tenemos que dejar de hacernos preguntas sobre el significado de la vida y, en vez de ello, pensar en nosotros como seres a quienes la vida les inquiera continua e incesantemente. [...] En última instancia, vivir significa asumir la responsabilidad

de encontrar la respuesta correcta a los problemas que ello plantea y cumplir las tareas que la vida asigna continuamente a cada individuo.²⁹

Referencias

- Cañas, J. L. *Gabriel Marcel y el hombre contemporáneo*. Universidad Complutense de Madrid. 2001.
- Frankl, V. E. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona. Herder. 1994.
- Marcel, G. *El misterio del ser*. Trad.: María Eugenia Valentié. Buenos Aires: Sudamericana. 1953.
- Marcel, G. *Ser y tener*. París, Aubier, 1935.
- Marcel, Gabriel. *El misterio ontológico. Posición y aproximaciones concretas*. Prologo y Trad. de Luis Villoro. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1955).
- Marcel, G. *Diario Metafísico*. Madrid, Guadarrama, 1969.
- Nussbaum, M. *La terapia del deseo*. Paidós. Barcelona. 2009.
- Sartre, J. P. *El existencialismo es un humanismo*. Trad. De Victoria Praci de Fernández. Barcelona, Gallimard, 2004.
- Sartre, J. P. *El ser y la nada*. Barcelona: Altaya, 1993.

Enviado: 5 de abril de 2024

Aceptado: 6 de agosto de 2024

29 Viktor E. Frankl, *El hombre en busca de sentido* (Barcelona: Herder, 1994), 78.

